

acompañaba al féretro. Y cuando hubieron enterrado á Abuer, David, levantando la voz, dijo llorando: «No ha muerto Abuer como un cobarde; no estuvieron sus manos atadas, ni sus pies cargados de grillos, sino que ha caído, como suele suceder á los más valientes, delante de los hijos de la iniquidad.» A estas palabras, á esta oración fúnebre, todo Israel redobló sus llantos. Y como toda la muchedumbre se acercara á David, para comer aquel día en su compañía: «A Dios no agrada, les dijo David, que yo interrumpa el duelo, para quitar siquiera un pedazo de pan antes de que se quite el sol, y así Dios me ayude.» Todo el pueblo oyó aquel juramento y alabando todo lo que David acababa de decir, reconociéndole inocente en el asesinato de Abuer.

Hizo más aún; dijo en alta voz á todos sus servidores: «¿No comprendéis bien todavía que Israel pierde hoy su gran jefe? Por lo que á mi toca, soy todavía débil y estoy consagrado de poco tiempo. Estos hijos de Sarvia (Joab y Abisai, su hermano,) son duros para mí: que Jehová dé su merecido al que hace mal, conforme á su malicia.» Todo esto estaba conforme con las circunstancias de sus tiempos.

Por lo que hace á Isboseth, hijo de Saul, cuando supo que Abuer había muerto en Hebrón, desfallecieron sus fuerzas, y todo el pueblo de Israel quedó consternado. Para colmo de desgracia, dos de sus jefes que estaban á su servicio y que parece hacían la guardia, Baana y Bechal de la tribu de Benjamín, penetraron secretamente en su palacio cuando él dormía la siesta, según uso y costumbre de los países cálidos, le hirieron de muerte en la quinta costilla, le cortaron la cabeza, y marcharon por el camino del desierto toda la noche, se la presentaron á David en Hebrón, diciendo: «Aquí tenéis la cabeza de Isboseth, hijo de Saul, tu enemigo, que andaba buscando tu alma; y Jehová en este día ha vengado á mi señor el rey, de Saul y de toda su raza. Pero David contestó á los dos que se presentaron: «¡Viva Jehová, que ha librado á mi alma de toda angustia! Si el que vino á anunciarme la muerte de Saul, jactándose ser él el autor y creyéndose darme una nueva agradable y recibir la recompensa, di orden para que le quitaran la vida, ¿con cuánta mayor razón ahora que unos hombres malvados han quitado la vida á un hombre justo en su propia casa, no he de pedir yo su sangre de vuestra mano y exterminaros de sobre la tierra?»

Al punto dió orden á sus servidores para que les quitasen la vida; y después de haberles cortado las manos y los pies, les colgaron en la piscina de Hebrón. La cabeza de Isboseth la enterraron en el sepulcro de Abuer, en la misma ciudad. Isboseth había comenzado su reinado á la edad de cuarenta años. David castigó á sus asesinos, conforme había

castigado el amalecita que se gloriaba de haber dado muerte á Saul. Se echa de ver, sin embargo, una notable diferencia en el proceso de la sentencia. A éste se le ha condenado como asesino del ungido del Señor, y á aquéllos como asesinos de un hombre inocente, sin que le dé el calificativo de ungido, porque en realidad no lo era.

Se ve por la conducta de David, que en una guerra civil, un buen príncipe debe economizar la sangre de los combatientes en bien de sus ciudadanos. Si ocurren asesinatos que deben atribuirsele, debe justificarse hasta el punto que todo el pueblo quede satisfecho y contento.

Terminada así la guerra civil, sin que apenas se derramara sangre en los combates, todas las tribus de Israel se llegaron á David que estaba en Hebrón y le dijeron: «Aquí nos tienes prontos á seguirte; somos tus propios huesos y tu propia carne. Cuando poco hace Saul era nuestro rey, tú llevabas y traías al pueblo de Israel y Jehová te dijo: Tú conducirás á mi pueblo y serás el jefe de Israel.»

Esta reunión fué muy numerosa. Llegaron armados de la tribu de Judá seis mil ochocientos hombres; siete mil ciento de la tribu de Simeón, y cuatro mil seiscientos de la tribu de Leví; Johiada, jefe de Aarón, con tres mil setecientos, y Sadoc, con la casa de su padre, en la cual había veintidós jefes de familia; tres mil hombres de la tribu de Benjamín; veinte mil ochocientos de la tribu de Efraim; dieciocho mil de la media tribu de Manassés; de la tribu de Isacar, doscientos príncipes, siguiendo á éstos en sus consejos todo el resto de la tribu; cincuenta mil hombres de la tribu de Zabulón; mil príncipes de la tribu de Neftalí, seguidos de treinta y siete mil hombres armados de lanzas y escudos; veintiocho mil seiscientos de la tribu de Dam, y cuarenta mil de Aser. Aun más: ciento veinte mil del otro lado del Jordán, tanto de las tribus de Rubén y de Gad, como de la media tribu de Manassés. Todos estos guerreros, en número de cerca de cuatrocientos mil hombres, bien armados y dispuestos para el combate, fueron á buscar á David con un corazón puro y sin doblez, á fin de nombrarle rey sobre todo Israel; y todo el resto de Israel hacía sinceras protestas de adhesión en favor de David porque se le declarara rey de todo Israel.

En Hebrón permanecieron por espacio de tres días cerca de David, comiendo y bebiendo lo que sus hermanos les había preparado. Por esto sin duda había tan pocos hombres sobre las armas en las tribus de Judá y de Simeón; estaban ocupados en allegar los aprovisionamientos necesarios. En efecto: la Sagrada Escritura dice que las gentes de los contornos de la ciudad, hasta las tribus más apartadas, como las de Isacar, la de Zabulón y la de Neftalí, llevaban sobre sus asnos y camellos, sobre

sus machos y bueyes, toda clase de viveres con que alimentarles; llevaban harina, higos, pasas, vino y aceite, huevos y carneros, para que detuvieran en abundancia, pues que en aquellos días había grande alegría en Israel.

Mientras que esta inmensa muchedumbre acampaba en el valle de Hebrón, donde en otro tiempo habían acampado sus padres Abraham, Isaac y Jacob, todos los senadores ó ancianos de Israel estaban allí reunidos cerca del rey, en la misma ciudad. En Hebrón, David hizo alianza con ellos delante de Jehová, es decir, que en ella juró gobernar al pueblo según la ley de Dios, y el pueblo le juró, por sus príncipes, obediencia y fidelidad.

Aquí tenemos un verdadero ejemplo de legítima autoridad real. Dios mismo designa el nuevo rey por su profeta, y le prepara poco á poco al trono, de que se hace digno por sus relevantes prendas y elevados actos. La nación le acepta con su corazón perfecto, no sólo por unanimidad de sus jefes, por la universal aclamación de cuatrocientos mil hombres armados, sino también por el asentimiento explícito de todas las provincias. Todo esto no impide que se celebre un tratado de alianza, jurado por ambas partes delante del Eterno, que ha de ser el testigo entre el rey y la nación.

David, que había empezado á reinar sobre Judá, solo y á la edad de treinta años, tenía entonces treinta y siete y medio. Tan buenos sucesos y tanta gloria nunca le envanecieron. Mientras que los hijos de Israel le bendecían, bendecíale á la vez el Dios de Israel, que tan maravillosamente le había libertado de la mano de Saul y de la de todos sus enemigos. «Tengo de amarte. Señor, fortaleza mía. El Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi libertador, mi Dios, mi ayuda y en él esperaré; mi protector, y la fuerza de mi salud, y mi amparo. Invocaré al Señor alabándole, y seré salvo de mis enemigos. Cercáronme los dolores de la muerte, y torrentes de iniquidad me conturbaron, los lazos del infierno me cercaron, y me cogieron de sorpresa los lazos de la muerte. En mi tribulación invoqué y clamé á mi Dios, y oyó desde su templo santo mi voz, y el clamor que yo hice en su presencia llegó á sus oídos. Y la tierra se conmovió y tembló; los fundamentos de los montes se estremecieron y se conmovieron, porque se indignó contra ellos. Subió humo en la ira de El, y salió fuego ardiendo de su rostro; por El fueron encendidos carbones. Inclino los cielos y descendió, y había obscuridad bajo sus pies. Y subió sobre querubines, y voló sobre alas de viento. Y se ocultó en las tinieblas de las aguas, en las nubes de los aires. Por el resplandor de su presencia se deshicieron las nubes en

pedrisco y carbones de fuego. Y tronó desde el cielo el Señor, y el Altísimo dió su voz, el pedrisco y carbones de fuego, y envió sus saetas y los desbarató; multiplicó relámpagos, y los aterró. Y aparecieron los manantiales de las aguas y quedaron descubiertos los cimientos de la tierra á su amenaza ¡oh Señor! al soplo impetuoso de tu ira. Extenderá su mano desde lo alto, y me tomará, y sacará de las muchas aguas; me libró de mis fuertes enemigos y de aquellos que me aborrecían, porque eran más fuertes que yo. Vinieron de repente sobre mí los días de mi aflicción, pero el Señor fué mi protector, y me sacó á la anchura y me salvó, porque se complació en mí. Jehová me retribuirá conforme á mi justicia y según la pureza de mis manos. Porque guardé los caminos del Señor y no procedí impiamente contra mi Dios. Porque están delante de mí todos sus juicios y no he desechado de mí sus justicias. Y seré sin mancilla delante de él, y me guardaré de mi iniquidad. Me retribuirá el Señor conforme á mi justicia, y según la pureza de mis manos que están delante de sus ojos. Tú serás santo con el santo, y con el varón inocente serás inocente: con el escogido, escogido serás, y con el perverso usarás según su perversidad. Porque tú salvarás al pueblo humilde, y humillarás los ojos de los soberbios. Porque tú ¡oh Señor! esclareces mi antorcha; Dios mío, alumbra mis tinieblas, porque por tí seré libre de la tentación, y con mi Dios traspasaré la muralla. Dios mío sin mancilla es el camino del Señor; sus palabras ensayadas al fuego; Él es protector de todos los que esperan en Él, porque ¿quién es Dios, fuera del Señor, ó qué Dios hay fuera de nuestro Dios? Dios, que me has ceñido de fuerza y has hecho que mi camino fuese sin mancilla, que perfeccionaste mis pies, como los de los ciervos, y me estableciste sobre lugares altos, que adiestras mis manos para la pelea, y formaste mis brazos como arco de bronce, y me diste la protección de tu salud, y tu derecha me amparó, y tu enseñanza me corrigió hasta el fin, y ésta, tu misma enseñanza, me instruirá; ensanchaste mis pasos debajo de mí, y no se debilitaron mis pies. Perseguiré á mis enemigos y los alcanzaré, y no me volveré hasta que desfallezca. Los quebrantaré y no podrán tenerse en pie; caerán debajo de mis pies. Y me has ceñido de valor para la guerra, y has derribado debajo de mí á los que se levantaban contra mí; y has hecho que mis enemigos me volvieran las espaldas, y destruído á los que me aborrecían. Alzaron el grito al Señor, y no los oyó. Los dispersaré como polvo al soplo del viento, como á lodo de plaza los pisarás. Me sacaré de las contradicciones del pueblo, me establecerás en cabeza de las gentes. Un pueblo que no conozco, me sirvió; luego que me oyó, me obedeció. Los hijos ajenos me mintieron, los

hijos ajenos se envejecieron y apartaron de sus senderos. Vive el Señor, y sea bendito mi Dios, y sea ensalzado el Dios de mi salud, Dios que sujetas los pueblos debajo de mí, libertador mío de mis enemigos sañudos; tú me ensalzarás sobre los que se levantan contra mí, del hombre inícuo me librarás. Por tanto te alabaré, Señor, entre las naciones, y yo cantaré nuestro nombre.» El engrandece las libertades de su rey, y hace misericordia á David y á su linaje por todos los siglos.

Esta solemne inauguración de David, estas alabanzas públicas que dirige á Dios en medio de las tribus de Israel, era nada más que la figura de una época más solemne aún, en la que el Hijo de Dios y de David, sería reconocido rey por todas las naciones de la tierra, quienes en Él, con Él y por Él, glorificaron eternamente á su Padre, que está en los cielos. Por la persona de aquel reino eterno, decía desde entonces David: «Yo rendiré acción de gracias por todas las naciones, oh Jehová, y yo cantaré vuestro nombre.» San Pablo asegura lo mismo, y todos los días estamos viendo pruebas cuando en todos los lugares del mundo, y en todas las naciones del globo bendecimos á Dios Padre, por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por todos los siglos.

Cuando Absalón concibió el proyecto de alzarse contra David, su padre y señor, pidióle permiso para marchar á Hebrón con pretexto de cumplir un voto, pero en realidad para conspirar contra David y convertir aquella ciudad en centro de la rebelión. En efecto, á poco de su llegada despachó emisarios á todas las tribus de Israel, diciendo: «Absalón es Rey en Hebrón.»

Fortificada esta ciudad por Roboam, cayó en poder de los idumeos durante el cautiverio de los judíos, á pesar de lo cual fueron en gran número los que la repoblaron al regresar de Babilonia.

Hebrón representó un importante papel en tiempo de los Macabeos: Judas Macabeo la conquistó de los descendientes de Esaú, y Simeón, hijo de Gioras, la arrebató á los romanos; pero poco antes de la toma de Jerusalén por Tito, sesenta y nueve años después de Jesucristo, Cerialis, general de Vespasiano, volvió á sojuzgarla y la entregó á las llamas después de pasar á cuchillo á sus defensores subyugada por los musulmanes en la época de la invasión arábiga; no perdió por esto su antigua importancia, así por su posición que domina uno de los caminos de Gaza, como por la gran veneración en que es tenida por los árabes la memoria de Abraham, muy viva en aquellos lugares.

Rendida Jerusalén por los cruzados, Hebrón siguió en breve igual

suerte, y Godofredo de Bouillón en el año 1100 la cedió en feudo al caballero Gerardo de Avesnes, en premio de su valor.

En 1167, con el nombre de *Castellum ó Præsidium ad Sanctum Abraham*, fué Hebrón sede episcopal, que sólo subsistió hasta 1187 en que volvió la ciudad á poder de los musulmanes; su catedral, erigida por Santa Elena en la cueva que contiene los sepulcros de los patriarcas, fué convertida en mezquita. Desde entonces no ha dejado de pertenecer á los musulmanes.

En Hebrón fué donde Ricardo, Corazón de León, tomó á los sarracenos una rica caravana compuesta de 4,700 camellos que llegaba de Egipto, escoltada por 2,000 hombres. El ejército cristiano acaudillado por Ricardo de Inglaterra y otros jefes de gran fama, acampó en 1192 en territorio de Hebrón, de M. Michaud, en un valle que, según tradición, fué cuna de Santa Ana, madre de la Virgen María. Comenzaba el mes de junio; el entusiasmo y fervor que á los guerreros cristianos animaban les hicieron sufrir sin quejarse los ardores del estío como soportaron el año anterior las escarchas del invierno..... y un día en que el Consejo deliberaba acerca de la mejor dirección que habria de tomar la hueste, presentáronse unos sirios para noticiar á Ricardo que rica y numerosa caravana llegaba de Egipto y se dirigía á Jerusalén. Al punto reunió el rey á los mejores capitanes, á los que se reunieron los guerreros franceses, y la intrépida compañía, dejando el campamento al caer de la tarde, llegó al asomar el día, á un lugar llamado Hari en las inmediaciones de Hebrón, después de andar toda la noche á la claridad de la luna. Allí habia pernoctado la caravana, y allí se hallaron los arqueros y ballesteros cristianos que formaban la vanguardia de la expedición; al divisarlos, los guerreros sarracenos en número de dos mil se formaron en batalla al pie de una colina, mientras la caravana, retirada á un lado, esperaba el resultado de la lucha. Ricardo, á la cabeza de los suyos, se precipitó contra los musulmanes, los cuales arrollados desde la primera acometida, se dispersaron, dice una crónica, como liebres acosadas por la jauría. La caravana cayó en poder de los vencedores; los hombres que la custodiaban se adelantaron á entregarse, y teniendo á los cruzados sus manos suplicantes imploraban su misericordia y miraban como muy poco cuanto pudiese acontecerles, añade la crónica, con tal de conservar la vida.

Ricardo y sus compañeros volvieron triunfantes al campamento cristiano llevando en pos cuatro mil setecientos camellos y gran número de caballos, jumentos y acémilas, cargados con preciosas mercancías de Asia. Los cruzados repartieron el botín, y el rey de Inglaterra dis-